

Stoa
Vol. 2, No. 4, 2011, pp.43-54
ISSN: 2007-1868

¿ES POSIBLE UNA FUNDAMENTACIÓN DE LA ÉTICA?

TERESA AIZPÚN BOBADILLA
Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)
teresa.aizpun@urjc.es

RESUMEN: En todas las épocas la antropología y la cosmología, es decir la interpretación que la ciencia hace del hombre con la interpretación del cosmos están en concordancia. Este trabajo está actualmente por hacer. Las llamadas ciencias naturales han avanzado de forma espectacular en el último siglo, pero la antropología sigue anclada en los conceptos del racionalismo positivista de la Modernidad. La adecuación es una asignatura pendiente.

PALABRAS CLAVE: nuevo paradigma; hombre y universo, fundamentación ética; antropología.

SUMMARY: At any epoch, anthropology and cosmology, that is to say, the interpretation that science makes of man and of the cosmos are in concordance. Nowadays, this task is about to be done. The so-called natural sciences have advanced dramatically in the last century, but anthropology remains mired in concepts of positivist rationalism of modernity. Adaptation is a pending matter in our present. KEY WORDS: new paradigm; man and universe, ethical foundation; anthropology;

El amor es imaginación El amor a la tierra es la imagen que tenemos de ella Bruno Taut
Indagar sobre las raíces antropológicas del actuar moral se considera habitualmente una empresa abocada al fracaso. La mayoría de los pensadores que se dedican a la ética defienden la idea de que ésta es el resultado de un acuerdo, de una convención, pues realmente no hay ninguna razón científicamente demostrable que nos permita suponer un fundamento universal del actuar moral. Según este punto de vista, sólo desde el pragmatismo podríamos hablar propiamente de ética y la pregunta por su fundamentación sería sencillamente una pregunta sin respuesta.

En mi opinión esta postura es el resultado de un planteamiento erróneo; y como todo científico sabe, una pregunta mal planteada conduce inevitablemente a una aporía, del mismo modo que un planteamiento correcto es ya parte de la solución.

El debate que aquí se presenta, me recuerda al que surge en el Renacimiento a propósito de la "lengua natural". Entonces, la búsqueda del origen del lenguaje se interpretaba como la búsqueda de la lengua perfecta, la lengua originaria y en consecuencia universal: la madre de todas las lenguas. En aquel momento esta visión era lógica, dado que a falta de estudios neurológicos, incluso de las bases para una filología comparada sería, mínimamente exhaustiva, lo que se hacía era conjeturar explicaciones para una intuición certera a partir de la cosmología y la antropología del momento. El problema del lenguaje no es ciertamente fácil.

El fundamento de dicho problema es: explicar la relación de nuestro lenguaje con la realidad que designa. ¿quién no se ha preguntado alguna vez cual es la base sobre la que se asienta, por ejemplo, nuestro lenguaje matemático? Nadie puede negar que funciona, de alguna manera el ser humano establece —a través de esas complejas formulaciones abstractas—, un diálogo con el mundo que nos posibilita un conocimiento real del mismo; nos descubre, por lo menos hasta cierto punto, el verdadero funcionamiento del universo. Y sin embargo, ¿podemos afirmar que en lo real se de algo equivalente a una raíz cuadrada, cuando ni siquiera hallamos una línea recta? ¿Cómo llega el hombre a dialogar con el mundo mediante un lenguaje que, por lo menos aparentemente, no es el del mundo?.¹

Intuitivamente no es algo fácilmente explicable, y sin embargo ha resultado obvio que la negación de esta relación entre el lenguaje y el mundo —que realmente equivale a negar la relación entre el hombre mismo y el mundo— nos conduce a un aislamiento totalmente destructivo (cfr. Aizpún 2009, pp. 174 y ss.). El ser humano, como ser vivo que es, necesita estar en contacto con lo que le rodea para vivir y desarrollarse; como dice el premio Nobel de química Ilya Prigogine todo ser vivo, por el hecho de serlo, es una estructura abierta. En el momento en el que se niega esta apertura, es decir, cuando el ser humano se define a sí mismo como un ser aislado, entonces vive como tal con las subsiguientes consecuencias: progresiva "desnutrición espiritual", incompreensión de sí mismo y desarrollo de procesos autodestructivos, como poco a poco sucedió a lo largo de la Modernidad (Bürguer 2001).

Que el hombre es parte del universo es algo que todas las culturas tradicionales supieron de forma intuitiva, y prácticamente todas las tradiciones han sabido también que dicha unión es el fundamento y la posibilidad de este diálogo del hombre con el cosmos y, naturalmente de forma muy especial con la tierra que habita. Este conocimiento —que en nuestra tradición se expresaba a través de cosmovisiones integradoras entre el alma y el Anima Mundi o el macrocosmos y el hombre entendido como mi-

¹ Aunque yo no lo comparto de esa forma hay quien defiende que si es el mismo lenguaje: "Las matemáticas son una estructura común a la naturaleza y a la mente humana (...) Por eso cuando una es capaz de plantear una idea en términos matemáticamente rigurosos, entonces y sólo entonces, en lo que a la ciencia se refiere, uno puede estar seguro de que sabe lo que está diciendo. Es decir, ha aprendido a hablar con el universo". Tiemblo 2011, pp. 44-48.

crocosmos—negado en la Modernidad ha significado en mi opinión para Occidente algo así como una adolescencia de la ciencia y del hombre. La separación respecto de su origen, la negación de la madre que le ha dado el ser para poder recuperarla más tarde de forma consciente, algo que la física, la biología y la cosmología actuales están llevando a cabo.²

Por cuanto sabemos, los elementos ligeros, hidrógeno y helio, vienen a representar la casi totalidad de la materia existente. Sobre la base de esa fracción restante, constituida por núcleos más pesados, se construye la vida y, con ella, la razón humana, y he aquí que, a través de esa misma razón, el propio universo llega a preguntarse sobre sí mismo (Tiemblo 2011, p. 13).

La Modernidad racionalista ha intentado justificarlo todo a partir de la universalidad de las ideas, que a su vez se entendían como una suerte de correspondencia formal con el mundo. Todo tenía que ser isomorfo para que se reconociese la "ciencia de la lógica" y la tan anhelada transparencia de lo real reflejada en el pensamiento lógico-formal. El lenguaje, por tanto, se había originado como reproducción de la realidad, de las leyes inmutables y universales que regían el mundo. Pensemos, como ejemplo, en el paralelismo que Kant establece entre el pensamiento y la realidad en lo referente a las coordenadas absolutas espacio-temporales del modelo newtoniano (Bachta 1983).

Esta manera de interpretar el lenguaje, se desarrolla en gran medida durante el Renacimiento: se creía entonces que una palabra reproducía la estructura interna de aquella realidad a la que hacía alusión, reproducía en cierto modo su esencia, por eso era posible en todos los lenguajes de la antigüedad la magia: la palabra afecta y no sólo evoca lo real, el lenguaje tiene un poder sobre la realidad. En base a ello los cabalistas podían afirmar que el hebreo era la lengua de Dios y en consecuencia comprender las estructuras del lenguaje equivalía a comprender la mente de Dios y adquirir un poder sobre el mundo. Encontrar la lengua natural significaba, por tanto, encontrar una sintaxis, una gramática e incluso una forma conceptual —que claro está, sólo podía ser una—que se correspondiese con las estructuras elementales del universo.

También por esta razón el Nominalismo abrió una profunda brecha entre el mundo y hombre, que pasó a ser sujeto de conocimiento. Finalmente este proceso de aislamiento desemboca con Kant en que el sujeto ya no tenía demasiada relación con lo real, sino con sus propias estructuras cognoscitivas. El lenguaje dejó de considerarse un puente tendido hacia el mundo, para convertirse curiosamente en aquello que nos impedía conocerlo (Bürger 2001; Taylor 1996), como le sucede a Lord Chandos en el relato de Hofmannsthal, considerado el primer texto en el que se refleja con abrumadora claridad esta pérdida de significación del lenguaje y la desesperación del hombre, que ya no sabe cómo relacionarse con el mundo (cfr. Hofmannsthal, 2008).

² El fenómeno intelectual de la ecología, que se decanta en conceptos como el de *it Gaia*, las conclusiones de la física cuántica o la resonancia Schumann dan prueba de ello.

En mi opinión con la interpretación de la capacidad moral del hombre, reflejada en la ética, sucede exactamente lo mismo. La ética, que originariamente en todas las culturas, era la imagen de un vínculo natural con nuestros semejantes y con el mundo, del que formábamos parte, se convirtió en el pensamiento moderno en la causa de su aislamiento. Pero esta paradoja no muestra un problema de la ética, sino del planteamiento moderno de la misma, o mejor aún, un problema del pensamiento moderno en sí que, con su racionalismo exacerbado, acabó creando muchos pseudo-problemas lógico-científicos que no tenían, como se ha demostrado más tarde, base alguna en la realidad.

Por esta razón, urge replantear la pregunta por las raíces morales del hombre: no se trata de encontrar aquella "lengua originaria" o en el caso de la ética ese compendio de normas que, según la idea tradicional del *ius naturalismo* definen nuestro comportamiento —porque las llevamos inscritas desde el nacimiento como parte de nuestra naturaleza— ; lo realmente esencial y definitorio del ser humano es la capacidad moral en cuanto tal.

Si consideramos que la ética, es una ciencia y, por tanto, un constructo intelectual, una invención realmente occidental nacida bajo los augurios de la filosofía, mientras que la moral es la capacidad (y necesidad al mismo tiempo) del ser humano de juzgar cualquier acción como buena o mala, es fácil comprender que la ética, como cualquier otra ciencia, respondiendo ciertamente a la inclinación natural del ser humano al conocimiento y a su necesidad de orientación en el actuar³, sin embargo, el contenido de la misma no es "natural", sino resultado de la hazaña del hombre que busca entender. Es, por tanto, progresivo y variable, y no necesariamente compartido de forma universal o comprendido por todos en el mismo momento. Así, más que una determinada forma de comportamiento o un lenguaje único, lo propiamente humano es la capacidad y la necesidad de comunicarse y expresarse, así como la capacidad y la necesidad de juzgar moralmente sus acciones y crear, en consecuencia, lenguajes morales o éticas.

Esto no significa que sea imposible encontrar una base ética común, sólo quiere decir que no nacemos conociéndola. En mi opinión la ética es siempre "un descubrimiento" basado en el continuo crecimiento de nuestro descubrir al hombre mismo. Conforme vamos sabiendo con mayor claridad quienes somos, vamos pudiendo definir mejor lo que es bueno y malo para nosotros y crear, en consecuencia, unas normas de comportamiento que se acerquen cada vez más a nuestra realidad y lógicamente a la universalidad.

³ No juzgar ha resultado ser una enfermedad del alma. Por ejemplo en la depresión, para quien la padece todo da igual, nada es mejor o peor; así mismo para un autista o un esquizofrénico, el juicio es francamente difícil. Otra cosa es la anulación voluntaria del juicio que para algunas sabidurías orientales representa el máximo grado de desarrollo espiritual, ejercicio casi inalcanzable que conlleva años de entrenamiento.

Un ejemplo claro es el caso que se suele considerar más obvio: se dice que el derecho a la vida y, por tanto, el mandato "natural" del "no matarás" es patente para cualquier ser humano. Pero entonces, ¿por qué tantas guerras? La historia nos enseña, que dejando a un lado las innegables rencillas personales o las ambiciones que pueden llevar a cualquier hombre a quitarle la vida a otro, curiosamente con lo que si nacemos, en la mayoría de los casos, es con una idea muy mezquina y pequeña de nosotros mismos, y lo que generalmente resulta difícil no es reconocer en abstracto el derecho a la vida, sino reconocer como ser humano al del pueblo de al lado, al del país vecino, a alguien de otra raza o al no nato, en cualquier caso al diferente. Es ya paradigmático el ejemplo de la Alemania nacional-socialista declarando *Unmensch* (no-hombre) a locos, judíos, polacos etc, pero también hay que recordar el desconcierto de los propios españoles cuando llegaron a América que también se plantearon si los indios eran o no seres humanos, o las disecciones que los antropólogos ingleses del s. XIX realizaron de algunos habitantes de las colonias para exhibirlos como animales en museos etnológicos. Casos de este tipo podríamos encontrar cientos a lo largo de la historia. Y en la misma línea están por supuesto organizaciones como el KKK (Klans).

Es cierto que, como en todos los campos también en el de la ética, es fácil observar a gente (que no pertenece generalmente al mundo académico) y que sin embargo, de forma intuitiva, sabe discernir entre lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso. No niego que sea posible en base a una gran honradez consigo mismo —la honradez que nos proporciona un conocimiento real de nosotros mismos y que hace posible el conocimiento del hombre en general, incluso superando la influencia y la presión cultural (cfr. Aizpún 2009, pp. 32 y ss)—, pero por alguna razón la ciencia no suele ser tan perspicaz.

El continuo avance del conocimiento (que, sin embargo, no es lineal e ininterrumpido como a menudo se cree, siguiendo el concepto moderno de progreso), es admirable más como reflejo de la capacidad esencial del ser humano de conocer y de su inalienable necesidad de juzgar, de decidir, de buscar y de dar forma a la verdad, que como definición concreta de una realidad; todo buen investigador sabe que debemos estar siempre abiertos a un cambio, incluso radical, de cualquier formulación concreta. Lo que define al ser humano es su capacidad de construir mundos intelectuales y morales; de construir lenguajes, de crear definiciones y cánones, en definitiva, su capacidad creadora. Como afirmaba el Romanticismo, la salvación está en el arte.

El pensamiento romántico nos ha enseñado muchas cosas: la importancia de la intuición y la imaginación junto con el pensamiento racional; la importancia de buscar en todas las relaciones y semejanzas y no sólo las diferencias; que estamos unidos a aquello que buscamos entender; a no despreciar los sentimientos, incluso como forma de conocimiento; la importancia de la belleza en el conocimiento y sobre todo, nos ha enseñado la imposibilidad de entender el mundo y al hombre sin contar con la capacidad creadora. Hoy en día la ciencia reconoce sin embargos la búsqueda de la

belleza en sus formulaciones (simplicidad, simetría etc.) y el papel fundamental de la imaginación (no sólo de la observación) en las descripciones del universo. Como ya dijo Nietzsche la ciencia no describe hechos (en el sentido de que no se limita a describir lo que ve), inventa teorías para intentar esclarecerlos. Esa búsqueda es un precioso diálogo del ser humano con el mundo. Tampoco la ética es otra cosa, sino el intento de comprensión de sí mismo que el ser humano realiza, es una de las formas posibles que adquiere ese diálogo del hombre consigo mismo, cuyo resultado es una creación, un intento de formulación, por fortuna siempre mejorable. Conceptos como el de plasticidad cerebral definida ya por Ramón y Cajal y que implica el descubrimiento de la individualidad de cada cerebro, su formación a partir de la experiencia, son muy esclarecedores al respecto.

Así, como hoy en día sabemos, Kant tenía razón al afirmar que el conocimiento es un prisma —lo que conocemos científicamente son los resultados de una medición y, por tanto, el comportamiento de una determinada realidad sometida a determinadas condiciones—. Es decir, científicamente hablando, no conocemos la realidad en sí misma, sino en diálogo con nosotros, la conocemos desde este punto de vista o desde dicha medición o dicho experimento. En el campo del lenguaje podríamos expresar la misma idea parafraseando a Humboldt, él afirmaba que realmente no habitamos un país, sino un lenguaje. Es decir, conocemos la realidad a través de un lenguaje (experiencia que cualquiera que haya intentado traducir un texto, o simplemente aprender otro idioma tiene claro). Eso no significa, como lo interpretó la filosofía kantiana, que no podamos conocer el mundo (lo que él llamaba el *noúmeno*), sino que tenemos que olvidarnos del viejo concepto de objetividad. Hoy en día, como ya nos enseñó Einstein, el concepto de relatividad es esencial a nuestra visión de la realidad, lo cual no equivale a decir que nuestros conceptos sean subjetivos, no los hace menos necesarios, siguen siendo descripciones razonablemente exactas de nuestro comportamiento o del comportamiento del universo. Pero hablar de estructuras definitorias como si fueran minerales, de modelos perfectos y cerrados sobre sí mismos no parece hoy posible, ni científico. Actualmente la discusión se centra más bien en el problema de hasta qué punto el lenguaje (o la misma observación) es simplemente un vehículo del conocimiento o también un instrumento de creación.

Hasta ahora me he centrado en el análisis de nuestras formas de conocer, de nuestros lenguajes como instrumentos variables, en continuo cambio, a través de los cuales dialogamos con el mundo que nos rodea e incluso con nosotros mismos.

Pero no hemos hecho referencia al cambio que se produce en la misma realidad que buscamos conocer. Probablemente nuestra imagen de lo real se transforma continuamente no sólo como consecuencia de un avance en el conocimiento, que es innegable, sino porque es reflejo de una realidad que también está en continuo cambio. Parece claro que tanto si hablamos del universo como si hablamos del hombre, lo que más resalta la ciencia actualmente es la "plasticidad", el cambio continuo. Naturalmen-

te es mayor en el hombre que en otras realidades, pero la definición de la realidad como un proceso es una característica común a todo: la constante transformación a partir de una continua interacción de todo lo que existe, dónde cada ser o conjunto de seres lleva su propio ritmo es la imagen que la ciencia nos proporciona hoy del universo. La vida de una galaxia y la vida de un ser humano no llevan el mismo ritmo, pero ambos nacen, se desarrollan y mueren.⁴ Podríamos decir que todo lo que existe forma un complejísimo baile integrado por miles o millones de diferentes coreografías; las características de lo vivo impregnan cualquier esquina del universo.

El profesor Dürr⁵, uno de los físicos actuales más comprometidos con el cambio social y la aplicación de los descubrimientos científicos a la vida socio-política, publicó recientemente una especie de testamento intelectual que se titula "porqué tenemos que hablar del Todo" (*Warum es ums Ganze geht. Neues Denken für eine Welt im Umbruch*) (Dürr 2009). En este libro Dürr defiende no sólo que la realidad existe como un todo indivisible, hecho indiscutible para la física actual, sino que la misma constitución de lo real es la posibilidad de forma. Según ésto la capacidad creadora del ser humano es en cierto modo la forma de ser que complementa la forma del universo. Estamos hablando de una interpretación física, no metafórica, nuestra razón de ser, está unida a la razón de ser del universo, siempre que seamos capaces de hacernos uno con él, que seamos "sensibles" a ese mundo del que formamos parte, pues como ya hemos dicho más arriba, nuestras explicaciones del hombre pueden también generar procesos de bloqueo y aislamiento.

Dürr expone la enorme diferencia que existe entre el modelo explicativo clásico-newtoniano del universo y el modelo cuántico formulado por Werner Heisenberg y Bohr en 1927. El modelo newtoniano de la realidad era material, es decir, para la física clásica lo primero era la materia y ésta entendida como divisible. Por esta razón, se esforzaban por buscar lo indivisible, el átomo o sus elementos partículas elementales e invariables a lo largo del tiempo. Estos átomos se identificaron con los elementos químicos que como los "ladrillos" de la realidad constituían la base del universo y la garantía de su estabilidad. Estas partículas se relacionaban entre sí mediante la proximidad, según leyes a su vez invariables, que permitían la manipulación de las estructuras de la realidad gracias a que el hombre mismo estaba de algún modo fuera de ellas, por encima de esta realidad material. Pero la realidad era algo fiable y estable, en el fondo, "no hay nada nuevo bajo el sol".

La mecánica cuántica nos asombra con el descubrimiento de que la materia no está constituida por materia, al principio está la forma (relaciones, simetrías, informa-

⁴ Podríamos incluso hablar de la reproducción del universo a partir de la teoría del multiuniverso. Cfr. Kaku, 2010.

⁵ Hans-Peter Dürr estudió física cuántica en la universidad de Berkeley y se doctoró con Teller. Adenauer lo recuperó y volvió a Alemania como ayudante y colaborador de Werner Heisenberg al que sustituyó más tarde en la dirección del Max Planck Institut de Munich.

ción).⁶ Es decir, la posibilidad de forma, algo más parecido al espíritu que a la materia, que Dürr define como "forma que fluye".⁷ Lo que encontramos en el origen es como un "continuo burbujeo", como un magma del movimiento ondulatorio de este universo indivisible, donde la forma es el resultante de un juego de sumas y restas en el que todo está implicado. El tiempo, por tanto, no sería el desarrollo de una forma dada (Hegel), sino la aparición o creación constante de formas nuevas: *El camino es como un juego común y constructivo que origina la meta*.⁸

Según esto, la realidad es un todo indivisible constituido por campos de información, campos de posibilidad que no se identifican con la materia o la energía.⁹ La mecánica cuántica formulada por Bohr y Heisenberg defiende que lo que llamamos "cosas" son en realidad "procesos"¹⁰ Lo que nosotros llamamos objetos, los define el profesor Dürr como una especie de media matemática de ese constante cambio, que realizamos para poder orientarnos, como la que se realiza, por ejemplo, en el electroencefalograma. Parece que la gran diferencia entre la física clásica y la física actual es que la primera define el universo a partir de estructuras cerradas y, por el contrario, la imagen que hoy tenemos de él es la de una estructura abierta, la de un ser vivo. Todo es nuevo bajo el sol.

A partir de lo dicho parece difícil hablar de estructuras mentales o modelos universales e inmutables de conocimiento como la característica propia del ser humano, como aquella capacidad que le define; hoy nos parece incomprensible definir a otro hombre como no-humano porque no piense o actúe como nosotros. A mi parecer, de la misma forma que el modelo físico ha cambiado considerablemente y ahora no hablamos de partículas elementales como fundamento constitutivo de lo real, ni siquiera de estructuras¹¹, sino de fuerzas, de campos, de constantes, de tendencias o comportamientos etc., va siendo hora de que nuestro modelo filosófico del ser humano se adapte a la realidad y seamos capaces de reconocernos como seres creadores de formas y lenguajes (científicas, éticas etc.), de reconocernos como seres que fluyen. Va siendo hora de comprender que ese lenguaje, que realmente nos une, que con verdad puede decirse "humano" no ha sido creado todavía, y por ello, ninguna cultura es por principio superior a otra, porque probablemente todas han sido elaboradas en base a grandes intuiciones y también con estrechos límites, cuya superación es la única ver-

⁶ "Wenn wir die Materie immer weiter auseinander nehmen, in der Hoffnung die kleinste, gestaltlose, reine Materie zu finden, bleibt am Ende nichts mehr übrig, was uns an Materie erinnert. Am Schluss ist kein Stoff mehr, nur noch Form, Gestalt, Symmetrie, Beziehung". (Dürr 2009, p. 86).

⁷ *Materie/Stoff ist geonnene Form* (Ibidem, p. 86).

⁸ "Der Weg, als konstruktive Zusammenspiel, gebiert das Ziel". (Traducción propia. Ibidem p. 87).

⁹ "Das Fundament der Welt ist nicht materiell! Stattdessen finden wir hier Informationsfelder, Führungsfelder, Erwartungsfelder, die mit Energie und Materie nichts zu tun haben". (Ibidem p. 89).

¹⁰ Ibidem p. 91.

¹¹ "El concepto de "elementalidad" viene a representar en nuestros días aquello en lo que no somos capaces de detectar ninguna estructura". (Tiemblo 2011, p. 152).

dadera globalización y está por llegar.¹² Y desde luego el único avance real consiste en la capacidad que se adquiriera de enriquecerse con aquello que otros pueden aportar, pues como hemos visto, la vida se define como estructura abierta y en consecuencia, cerrarse sobre sí mismo es, a la vez, síntoma y causa de muerte.

Si el mundo para la física actual se presenta como un caos ordenado donde conviven todas las posibilidades ¿por qué nos empeñamos en seguir definiendo al ser humano —mucho más flexible y creador que un astro o una ameba— como un ser abocado a una sola posibilidad? Nuestros economistas siguen hablando de la ley de la oferta y la demanda, como si realmente esa fuese una estructura natural e inamovible a pesar de los sucesivos "craks" que niegan tal supuesto; nuestros políticos, siguen afirmando que nuestro modelo actual no tiene vuelta atrás y es el mejor de los posibles a pesar de la obviedad de la galopante desestructuración actual y cada vez que queremos replantearnos nuestra vida, los "expertos" en sensatez nos dicen, "esto es lo que hay".

A partir de todo lo que aquí hemos visto, se entiende, espero, mejor mi tesis de que el fundamento de la ética no hay que buscarlo, como hasta ahora se creía, en la universalidad de las ideas —que equivaldrían en cierto modo a esos conceptos universales de la llamada "lengua natural"—, sino en la universalidad de las experiencias, en cierto modo en los sentimientos.

Para mí fue un descubrimiento el libro de Giacomo Rizzolatti¹³ y Corrado Sinigaglia¹⁴: *Las neuronas espejo, los mecanismos de la empatía emocional* (Paidós 2006), y significó la verdadera posibilidad de una fundamentación de la ética. Si la empatía tiene una estructura neurológica, si la comprensión de lo que vemos, de lo que otros hablan es posible porque nosotros estamos realizando mentalmente esa misma acción, de lo que estamos hablando es de una unidad biológica y estructural en los seres humanos que hace posible justificar esta unidad existencial¹⁵.

Todo esto me acercó más a la idea de que lo único universal realmente demostrable, son los sentimientos, pero de nuevo no entendidos como una sintaxis o gramática sentimental o un vocabulario, sino como una capacidad inalienable del ser humano de compartir vivencias y, por tanto, de asumir responsabilidades de cara a otro ser, que incluso no conocemos. Porque como decía Hannah Arendt no hay ética sin responsabilidad, y las neuronas espejo explican la capacidad del ser humano de asumir

¹² Probablemente en no mucho tiempo llegaremos a ver con claridad que el conocimiento del universo es también autoconocimiento como lo define el llamado principio antrópico. Por otra, la misma observación que hemos hecho a propósito del conocimiento científico vale para el conocimiento del ser humano y, por tanto, para la valoración de una cultura, que no refleja nunca una evolución lineal e ininterrumpida como lo define el moderno concepto de progreso.

¹³ Director del departamento de neurociencia de la universidad de Parma.

¹⁴ Profesor de Filosofía de la Ciencia en la universidad de Milán.

¹⁵ Algunas teorías afirman que la incomunicación que produce el autismo se debe a la falta de neuronas espejo. Naturalmente la reproducción "mental" de una acción tiene consecuencias químicas en nosotros, afectivas etc, por esa razón "nos morimos de miedo o de risa" viendo una película.

responsabilidades de forma genérica y universal. Explican que podamos afirmar con verdad "nada de lo humano me es ajeno", porque sólo esa capacidad fundamenta la ética (en contra de la idea de que sólo asumimos responsabilidades hacia aquellos seres que, por su proximidad, podemos entender en cierto modo como una prolongación de nosotros mismos, reduciendo así la benevolencia a una forma de egoísmo).

Sólo a partir de aquí la ética puede explicarse como la búsqueda de un código de conducta, cada vez más universal, como una verdadera lengua originaria porque lo abarca todo, incluso la naturaleza, los animales. Sin esa capacidad, sin esa potencialidad de hacerse uno con el todo, no existiría realmente la ética, ni el lenguaje, no existiría el conocimiento. Pero ese código de conducta universal, repito, no es el principio, es el final; supone la creación máxima de un ser en continuo proceso de auto-construcción, que para llegar a ser totalmente él mismo, tiene que alcanzar la máxima universalidad, y la máxima individualidad; un ser que sólo siendo totalmente él mismo, alcanza también el todo.

En resumen, lo que parece claro actualmente es que no podemos explicar la realidad, a ningún nivel, sin el concepto de vida y en consecuencia de creatividad. La realidad es un todo en continuo movimiento y siempre susceptible de cambios, y esos cambios son formales. Cuanta más conciencia se da en un ser, más cambios, y más rápidamente se realizan, pero en todos se dan. Así mismo, el ser humano es, que sepamos por el momento, el ser vivo más consciente y, por tanto, con más capacidad de cambio. En cuestión de segundos, movido por un sentimiento fuerte de amor u odio, puede revolucionar todo el equilibrio químico de su cuerpo (otros seres vivos llevan a cabo importantes y rápidas metamorfosis, pero son específicas, no reacciones individuales a una vivencia singular).

Volviendo a la comparación entre el lenguaje y la ética, a lo que podemos considerar "natural" y lo que es cultura e incluso creación puramente individual, podemos afirmar que el lenguaje, como tantas cosas, nos define a muchos niveles: los lenguajes, como manifestaciones de la vida que son, reflejan simultáneamente el proceso de individuación que ésta exige¹⁶ y la necesaria apertura de la que ya hemos hablado. A través del lenguaje damos forma simultáneamente a nuestro pensar (nuestro cerebro incluido) y al mundo que nos rodea; nos une con lo que nos rodea de una determinada manera y, por tanto, damos forma a nuestra individualidad en la relación. La vida que hoy en día se explica a partir del concepto de *autopoiesis*, de autocreación, adquiere en el ser humano mediante el lenguaje una muy especial forma de ser, no porque otros seres vivos no compartan estas características (la *autopoiesis* define la vida a todos sus niveles), sino por significar, en su máximo desarrollo, el nivel más alto de consciencia: es innegable que el lenguaje es el elemento fundamental de socialización, y sin embargo en el ser humano podemos también afirmar que no encuentra su

¹⁶"Un ser vivo es un conjunto de moléculas que es capaz de alcanzar una identidad y mantenerla a partir de la diversidad"(Aizpún 2009, p. 63).

verdadero cauce, hasta que éste no encuentra su propio lenguaje. Hablar es, como se ha demostrado en innumerables ocasiones, una peculiaridad de la especie humana¹⁷, pero no hay "lenguas naturales", la lengua es producto de la capacidad creadora del hombre (o tal vez sea más correcto decir que todas las lenguas son naturales). Por otra parte, cada lengua evoluciona a lo largo de la historia y adquiere además diversas formas según el nivel educativo, la región, la ciudad, el barrio, o incluso la tribu urbana a la que pertenecemos. Más allá, la lengua como obra de arte, es decir, en su máximo desarrollo, adquiere el sello particular de una persona que la convierte en su vehículo personal de unión con el mundo y consigo mismo.

La ética por su parte, no es otra cosa que un lenguaje. Si como ya hemos dicho y en ese punto todo el mundo está de acuerdo, es un desarrollo occidental del sentimiento moral, una rama de la filosofía y, por tanto, una ciencia¹⁸, de lo que estamos hablando es de una creación cultural para encauzar, ordenar y realizar (nada existe sin una forma) la necesidad natural de todo ser humano de juzgar, para poder decidir sobre la acción correcta y en general sobre la vida con sentido.

La antropología cultural ha dejado a estas alturas amplisimamente demostrado que no siempre, ni en todos los lugares se entiende por correcto lo mismo, incluso cuando se parten de los mismos presupuestos (como suele ocurrir en las culturas tradicionales en relación a presupuestos básicos como el respeto a la vida o la unión del hombre con el cosmos). La búsqueda y creación de formas, y eso es todo lenguaje incluido el lenguaje ético, es un largo proceso que corre paralelo al conocimiento que el ser humano tiene de sí mismo: de sí mismo como individualidad, de su relación con los otros seres humanos y su entorno etc., y en este camino va cambiando nuestra idea y nuestra materialización en el comportamiento de lo que consideramos importante, cuándo y cómo. Cuando una persona adquiere la madurez, da forma también a su actuar, que puede llegar a ser una obra de arte, la de su propio y exclusivo vivir.

La ética es probablemente el lenguaje que mejor nos define y por eso, tal vez, define el verdadero progreso de una cultura (no su desarrollo tecnológico) y un ser humano. El nivel ético de un pueblo o un individuo reflejan su capacidad más profunda de desarrollo y comprensión de sí mismo y del mundo; su capacidad de adaptación a él y al cambio. Como bien supo el Romanticismo el cambio real va de dentro hacia fuera y por esta razón una realidad no se mide por lo que le rodea sino por lo que eso es capaz en sí misma.

Finalmente el principal signo de progreso, el más real, es el progreso que el ser humano lleva a cabo en el campo del autoconocimiento. Este es el único que nos cambia realmente la vida, por supuesto como seres humanos, pero incluso desde el punto de vista del conocimiento.

¹⁷ Ciertamente todos los animales se comunican, pero hablar y comunicarse no son la misma cosa.

¹⁸ No vamos aquí a entrar en la cansada discusión de si podemos según los cánones positivistas considerarla como tal, limitémosnos a considerarlo así debido a su origen.

Todo parece indicar que investigar la naturaleza es, al mismo tiempo, descubrir los contenidos de nuestra mente, o, si lo preferís, la vieja sospecha de que las respuestas están sólo en nosotros, siempre que se atine con el camino que nos lleva a encontrarnos (Tiemblo 2011, p. 150; cfr. también Pauli 1996 y Capra 1975).

Referencias

- Aizpún, T., 2009, *Gramática de la vida. La ética como creatividad*, Endimión, Madrid.
- Bachta, A., 1983, *L'espace et le temps chez Newton et chez Kant*, Sciences Humaines et sociales de Tunis, vol. XXXVII, Túnez.
- Bürguer, CH. y P., 2001, *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, Akal, Madrid.
- Capra, F., 1975, *El Tao de la física*, Sirio, Barcelona.
- Dürr, H-P., 2009, *Warum es ums Ganze geht*, Oekom, Munich.
- Hofmansthal, H., 2008, Una carta, Pre-textos, Valencia.
- Kaku, M., 2010, *Universos paralelos*, Atalanta, Girona.
- Pauli, W., 1996, *Escritos sobre física y filosofía*, Debate, Madrid.
- Taylor, CH., 1996, *Las fuentes del yo*, Paidós, Barcelona.
- Tiemblo, A., 2011, *Nosotros y el universo*, Edaf, Madrid.

Recibido el 13 de Mayo de 2011

Aceptado el 20 de Julio de 2011